

J. Rojas López. *La colonización agraria de las reservas forestales: un proceso sin solución?*, Cuadernos Geográficos N° 10, Facultad de Ciencias Forestales - Instituto de Geografía y Conservación de los Recursos Naturales, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1993, 110 pgs.

Rojas López se refiere al cada vez más preocupante tema de la ocupación de tierras tropicales húmedas bajas en América latina. Se sabe que a raíz de las consecuencias de la deforestación y por los conflictos que provoca la colonización -sea espontánea o dirigida, sobre tierras públicas o privadas- constituye un problema abordado por distintos investigadores en ciencias sociales y humanas. Como lo muestra acabadamente el autor, este problema también afecta de modo acuciante a Venezuela.

Antes de internarse en consideraciones sobre su país, Rojas López reseña aspectos de la colonización y deforestación en nuestro subcontinente. Advierte acerca de la terminología empleada en el tema por los investigadores. Señala que algunas de las causas de la expansión de la frontera agropecuaria están asociadas con la "automatización" y pobreza de la tierra, la vocación ganadera de los campesinos, la actitud acaparadora de terratenientes que expulsan a los pequeños explotantes, las demandas del comercio nacional e internacional... Igualmente recuerda que entre 1950 y 1980 fueron incorporadas a la agricultura alrededor de 200 millones de hectáreas en América Latina, la mayoría en los trópicos húmedos deforestados y principalmente para uso pecuario.

Aunque se alude a otros espacios venezolanos, la investigación aborda la colonización de los Llanos Altos Occidentales, los que "conforman un gran rectángulo paralelo a la Cordillera de Mérida". El autor considera los problemas de las cuatro reservas forestales constituidas entre 1950 y 1961: San Camilo (Apuré), Turén (Portuguesa) y Ticoporo y Caparo, ambas en el Estado de Barinas. Las dos últimas ocupan el centro del estudio "en virtud de que concentran el mayor esfuerzo tecnológico nacional en el manejo de los bosques naturales y, al mismo tiempo, confrontan los más agudos conflictos de colonización del país".

La migraciones de colonización se conoce desde principios de

siglo en Venezuela. En un proceso lento y espontáneo, en sitios del sector noroccidental del país, los colonos se dedican a la agricultura de subsistencia y a la ganadería extensiva en tierras que deforestan. La búsqueda de madera valiosa para la industria de la construcción -principalmente urbana- se acrecienta en la década del cuarenta, sumándose como causa de la destrucción de los bosques. Ellos condujo al Estado a crear las reservas forestales.

Pero, al igual que en otros países de la región, el proceso colonizador se acelera en Venezuela en la década del cincuenta. El autor distingue dos escenarios principales en donde ello ocurre: la cuenca del Lago Maracaibo y los Llanos Altos Occidentales. En el primer caso está ligado principalmente al desarrollo de la agroindustria lechera. En los Llanos Altos Occidentales, además de una exitosa campaña antimalárica que la favoreció, la colonización se vincula principalmente con la apertura de la Troncal 05, eje oeste-este que comunica Barinas con la frontera con Colombia, uniendo espacios hasta entonces desconectados. La ocupación de tierras nuevas por parte de los campesinos pobres y, en algunos casos, la expansión de la agricultura capitalista (coincide con el aumento de la producción petrolera), han conducido a la colonización de tierras nuevas, incluyendo las reservas forestales (tierras protegidas de la colonización).

El empuje migratorio de los colonos -principalmente los que descienden de Los Andes, inclusive migrantes colombianos- ha sido tan impetuoso que ha penetrado ampliamente las tierras supuestamente protegidas. A fines de la década del ochenta, el 70 % de las reservas forestales de los Llanos Altos Occidentales -unas 420 mil hectáreas- habían sido convertidas a usos agropecuarios. Pero las superficies deforestadas son desiguales. La de Turén es prácticamente ya una reserva sin bosques. En cambio, en las restantes reservas se conserva aproximadamente la mitad de la cobertura vegetal.

Frente al problema, la intervención del Estado ha sido inevitable. Sus respuestas comprenden desde la expulsión violenta de los ocupantes de los suelos invadidos hasta la entrega de tierras de reservas para destinarlas a la reforma agraria; ello implica aceptar en las reservas a colonos en determinadas condiciones -por ejemplo, mediante la introducción de planes de manejo forestales- pero de

esta manera no se consigue eliminar la presión sobre el bosque. En otros casos, el Estado relocaliza a los colonos.

No sorprende que el autor destaque que estas soluciones han sido de una eficacia muy relativa. La debilidad institucional, la acción de grupos políticos y sindicales defensores de los colonos, la escasez de personal y medios de control para hacer crónicas las dificultades de los Poderes Públicos para impedir la ocupación ilegal de reservas forestales.

Si bien no informa acerca de conflictos interétnicos en los casos de colonización estudiados, Rojas López describe algunos procesos similares a los de otros países de América Latina.

Ante la imposibilidad de satisfacer las necesidades del grupo familiar y por otros motivos (entre ellos la pobreza de los suelos y la insuficiente de los pastos), algunos colonos venden las tierras en donde se instalaron y parten hacia otros frentes. Ello contribuye a la concentración de las explotaciones en manos de unos pocos, sumándose además, de esta manera, otra causa al proceso de destrucción de los bosques por parte de los migrantes que abandonaron las tierras que inicialmente deforestaron.

El estudio de Rojas López confirma la existencia de un modelo en los frentes pioneros, anunciado ya por otros autores latinoamericanos. A la fase inicial, de ocupación con actividades de subsistencia, le sigue la de ganadería extensiva y luego la fase expulsiva, cuando el frente es incapaz de retener a parte de su población. Queda así en evidencia la pernicioso del modelo, pues el avance colonizador destruye el bosque pero la mayoría de los campesinos no solucionan su problema de acceso a la tierra y de mejoramiento de sus condiciones de vida, manteniéndose dentro de una agricultura tradicional que no aporta al país la producción que necesita.

El texto contiene cuarenta y ocho cuadros y dos cartas sencillas. En síntesis, un trabajo bien logrado, con una conclusión que resume lo esencial de la investigación y con una abundante bibliografía que sostiene los conocimientos del autor.

Eduardo E. Pérez R.